

De cómo leímos El Quijote en una venta de cuyo espacio sí quiero acordarme

JOAQUINA RODRÍGUEZ PLAZA

[En un lugar del Defe de cuya ubicación exacta no es preciso ahora acordarse, nos reuníamos, hace ya varios años, seis o siete académicos de los de papel y lápiz en ristre dispuestos, cada quince días, a comentar, explicar, interpretar y, desde luego, gozar la relectura de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

En realidad, el que me motivó para unirme al grupo fue mi amigo y colega Víctor Díaz Arciniega, quien, con su mujer Gina, habían ofrecido generosamente su departamento para leer allí colectivamente el libro clásico. Todos conocíamos el texto, algunos lo habíamos leído completo, otros, no; pero todos éramos conscientes de que leer bien esta obra de Miguel de Cervantes exige relecturas interminables; por eso dicen que *El Quijote* es un libro clásico, porque siempre se vuelve a él, y en cada lectura cada lector continúa enriqueciéndolo.

No eran ganancias económicas lo que nos impulsaba a estas reuniones: nadie nos iba a otorgar canonjías ni becas académicas ni prebendas por analizar detenidamente el texto, sí, en cambio, está-

bamos dispuestos a obtener ganancias placenteras al compartir experiencias y saberes distintos. De manera que nos pusimos de acuerdo sobre cuáles serían las estrategias para sacar mayor disfrute del fruto de nuestra actividad lectora. Con un espíritu bastante rabelésiano nos impusimos la tarea de hacer cada cual lo que quisiera. Por supuesto que, si el deseo común era leer bien, llevaríamos leídos los capítulos de antemano acordados para que en el grupo se reflexionara sobre ellos de manera ordenada y civilizada y, por tanto, grata para todos. Una vez descartados de entrada el egoísmo individualista en favor de lo comunitario, también pactamos compartir otro tipo de banquete llevando cada quien algún platillo para cenar al final de cada sesión.

Múltiple disfrute fue disponer a la vez, durante ocho meses, de succulentos saberes y jubilosos sabores. Tan nutritivos y ricos eran los aportes de los especialistas como fueron sabrosos y sabios los condumios al final de cada jornada.

Los historiadores asistentes nos explicaban con todo detalle, por ejemplo, lo que significaba en la época de Cervantes ser un Hidalgo —un hijo de “algo”— y aquello daba pie a comentarios más o menos eruditos además de bromas regocijantes. O bien, la mirada profunda y reflexiva al texto de la socióloga y filósofa nos hacía profundizar en los valores materiales y espirituales de aquellas sociedades pretéritas, para caer en la cuenta de los muchos restos que del pasado estaban presentes en nuestra vida cotidiana. Esta visión crítica, distanciada e historicista sobre la historia nos parecía coincidente con la de Miguel de Cervantes, mientras penetrábamos en su evidente propósito de hacer la crítica a los diferentes grupos sociales con los que él convivió; ahí entrábamos los demás para hacer juicios de nuestra propia sociedad. No eran digresiones del tema, sino relaciones entre una sociedad y otra con las cuales nos identificábamos, algunas veces sin decirlo con palabras, pero sí con sonrisas o abiertas carcajadas cuando nos descubríamos tan crueles como los duques que dan hospedaje a la célebre pareja o tan soberbios como el bueno de Don Quijote cuando asevera saber quién es él. En otras

ocasiones era el especialista en Jurisprudencia quien nos revelaba lo mucho que Cervantes sabía de leyes, cuando nos hacía detener en los numerosos pasajes donde el novelista da pruebas de ello; y ahí nos hacíamos cruces, durante un buen rato, sobre la justicia de nuestro siglo xx. La filóloga desglosaba, y hasta cantaba jubilosa, en veces, lo que el exégeta Rodríguez Marín decía en sus notas a pie de página. El economista nos traducía a pesos mexicanos el equivalente de los maravedíes, los reales, los vellones, y cifraba lo que se podía adquirir con ellos, tanto si eran de oro como si de plata o de cobre fueran.

Solíamos entonces caer en la cuenta del tiempo transcurrido en comentarios animosos y explicaciones profundas, y a coro pedíamos de cenar para salvarnos del abismo metafísico en el que hubiéramos caído con tanta reflexión filosófica. Y porque el oficio de lector abre otros apetitos.

Los comensales continuábamos durante esta última etapa de las reuniones enriqueciéndonos y nutriéndonos con otros saberes de sabores, en una mesa coloreada de platillos, y con la conciencia de habernos configurado como en un partido. Había una sensación de alegre pertenencia al colectivo; algo así como la emoción de cuando éramos adolescentes y socializábamos indiscriminadamente porque lo importante era jugar todos juntos. Ahora, que también jugábamos, éramos más conscientes de que el juego de pensar en voz alta durante varios meses nos había cohesionado de manera selectiva y sublimada. El pensar en grupo implicó una reafirmación existencial de nuestros ideales.

Los efectos de aquellos ocho meses perduran hasta hoy, y puedo afirmar que la experiencia durará mientras tenga memoria de ella. Nos dejó una comprensión mayor de la Historia heredada, esa Historia que Miguel de Cervantes describió como "...madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir...", y además nos aportó mayor comprensión de la historia construida por nosotros; en ese camino de búsqueda de la verdad, fuimos adquirien-

do un mayor nivel de conciencia de la intrahistoria individual; de manera que cumplíamos a la vez con el mandato socrático: "Conócete a ti mismo". Así de poderosa es la literatura. Y, aunque el sí mismo nunca es el mismo sino un devenir, cada uno de nosotros advertíamos nuestro lado materialista y sanchopancesco, pero también el lado idealista y quijotesco. En la novela de Cervantes, Sancho se quijotiza y Don Quijote se sanchifica y aprende de sus fracasos; también nosotros aprendimos de los nuestros, y supimos que nuestras utopías, en tanto ideales deseados para un futuro, debían perseguirse con los medios adecuados a ellas.

Si, como dijo en una ocasión el maestro Arturo Souto, el Caballero de la triste figura es la catarsis de España, nosotros vivimos continuas catarsis existenciales que, por fortuna, no nos condujeron a la desilusión ni al desengaño como le sucedió al de la triste figura, sino a estar mucho más atentos para combatir el autoengaño y poder discernir entre la idealidad y la realidad, que Cervantes mezcla y no separa.

En muchas partes del mundo se siguen conmemorando los 400 años del Quijote. La conmemoración, al simplificar, sacraliza; mientras que la historia, por complicada, es sacrílega. El valor de un clásico indiscutible debe ilustrarnos complicándolo históricamente. (Todorov *dixit*)

Por supuesto que estábamos contagiados de locura, esa locura que es propia solamente de los seres humanos y que nos hace creativos gracias al privilegio enormemente placentero de poder representar mediante el lenguaje. La dicha de decir, de establecer el vínculo entre nuestras experiencias lectoras y las formas habladas al compartirlas, nos proporcionó una animación deliciosa. Llevada por esa locura juguetona, compuse unos versos que romancean lo que acabo de narrar. Dicen así:

Reseña romanceada

En la casa de don Víctor
más de seis se han congregado
para leer en compañía
al Quijote El Hechizado

Cada miércoles sin falta
la cena se ha preparado,
pues de sufrir metafísica
han de tener gran cuidado.

Las dos gestas paralelas
harto bien han iniciado:
Don Quijote en su rocín
Y en la mesa un buen guisado.

Nunca molinos de viento
fueran tan bien aspados
ni molieran tan de fino
como los siete invitados.

Todos saben de retórica,
historia y lugares varios
que por no ser los comunes
a todos han ilustrado.

Quien no sabe lo que dice
el numen pide a los hados,
para con su ayuda hablar
con términos mucho muy claros.

Uno más imaginó
escribir lo ya pensado,
pero en pensar se le huyó
el tiempo cual un venado.

Y aquel otro, candoroso,
por su vigor inflamado
le pusieron las tercianas
en mucho muy gran cuidado.

Dicen que hubo uno más
que por hacerse regalo
obsequió a los comensales
con versos no mal rimados